

## hACIA UNA VALORACION DE MADERO



El testimonio político que se atribuye al general Lázaro Cárdenas presenta una laguna: aunque repudia —atinado— a los que han hecho fortuna con la miseria de nuestro pueblo, no se refiere a la fuente del mal. Importa repartir con justicia la riqueza social; pero sin limpieza de manejos, seguirá el proceso de enriquecimiento de los favoritos de los hombres públicos y de frustración de la esperanza nacional. El rango de Francisco I. Madero estriba en que todo lo sacrifica por México: tranquilidad, fortuna, la vida misma. Durante sus últimos años, su viuda, doña Sara Pérez de Madero, subsiste decorosamente gracias a una pensión del Gobierno Federal.

La biografía cívica de Madero se abre, en Coahuila, con las elecciones municipales de San Pedro de las Colonias y la lucha contra el régimen porfiriano, representado por el gobernador del Estado don Miguel Cárdenas. Los adversarios políticos del general Díaz, recibieron ayuda económica de Madero, independientemente de que él no estuviera de acuerdo con su programa, como en el caso de los hermanos Flores Magón, que ya se orientaban hacia el anarcosindicalismo.

La entrevista del general don Porfirio Díaz con el periodista norteamericano James Creelman, de marzo de 1908, para manifestar el propósito de que el pueblo mexicano ejerciera sus derechos y, a punto de cumplir ochenta años, expresar el aparente deseo del dictador de la entrega democrática del mando tuvo consecuencias que él no previó. Muchos ciudadanos simpatizaban con la precandidatura presidencial del general Bernardo Reyes, frente al grupo "científico", cuyo jefe era el Secretario de Hacienda, don José Ives Limantour. En 1909, Reyes indicó su propósito de mantenerse al margen de la lucha y salió al extranjero con una comisión oficial. De los numerosos libros y folletos publicados después de la entrevista Creelman, ninguno tuvo la resonancia de "La sucesión presidencial en 1910". En sus páginas, Madero condena las prácticas pretorianas de gobierno y señala las causas económicas, políticas y sociales del descontento nacional. El libro se propone mover a los ciudadanos para organizarse pacíficamente, contra el continuismo porfiriano.

En la ciudad de México, en la casa del ingeniero Alfredo Robles Domínguez, se constituye el Centro Antirreeleccionista, con la participación principal de Madero. De allí brotan el partido del mismo nombre y el Nacionalista Democrático. Previo un recorrido de auscultación que hace Madero por la provincia, con Roque Estrada, la Convención del Partido Nacional Antirreeleccionista, de abril de 1910, lo escoge como candidato a la Presidencia de la República. La campaña se desarrolla con entusiasmo, para cancelarse con la aprehensión de Madero y Estrada, reclusos en San Luis Potosí, durante las elecciones de julio de 1910, y después el caudillo de Coahuila se fuga, disfrazado, para establecerse en la Unión Americana.

En la casa de su antiguo compañero Ernesto Fernández Arteaga, en la calle West Macon, de San Antonio Texas, se instaló Madero. Según Juan Sánchez Azcona, el plan que aparece fechado el 5 de octubre de 1910 en San Luis Potosí, se elaboró en Estados Unidos, y además de don Francisco, participaron en su confección Estrada, Enrique Bordes Mangel, Federico González Garza y el mismo Sánchez Azcona, quien indica que los borradores del histórico documento deben haberse conservado en el archivo de González Garza. No es inverosímil que el plan empezara a incubarse en San Luis Potosí y la hipótesis por falta de base sólida, tan discutida, de que pudo haber sido escrito por el poeta Ramón López Velarde, se presenta en un artículo de 1931, del escritor potosino Jesús Zavala. Tanto Estrada como Sánchez Azcona coinciden en los antecedentes de su publicación en libros que se refieren al tema.

En el Plan de San Luis Potosí, Madero invita al pueblo mexicano a desconocer el régimen del general Díaz. Estima que las elecciones de poderes federales son nulas, por la fuerza oficial que se aplicó para frustrar la emisión del voto y que el recurso a que deben acudir los ciudadanos es el de las armas. Con ingenuidad, indica que la lucha deberá comenzar a las seis de la tarde del veinte de noviembre de 1910.

En la correspondencia privada de Madero que se ha publicado y en "La sucesión presidencial en 1910", el caudillo civil aparece preocupado por la violencia porfiriana, para reprimir las huelgas de trabajadores. Alude al gran descontento que priva en el campo, por el monopolio de la tierra y el trato a los labriegos, y condena con rigor la crueldad que se ejerce oficialmente, para afrontar los problemas agrarios de los indígenas.

Madero no pretendió hacerla de "politicólogo" como dicen ahora los pedantes. Un libro sencillo, concebido con limpieza de propósitos, fue el cauce que eligió para comenzar la batalla del civismo, ajena al asesinato y la rapiña. Es el suyo ademán de sembrador, todavía en espera de los frutos de una cosecha satisfactoria.

La crítica que pretende negar a los hombres sus merecimientos y que por razones personales o de carácter sectario se resiste a reconocer su auténtico perfil, es fruto de la ruindad. El testimonio de cuantos opinan, en forma serena sobre don Francisco I. Madero, proclama que si hubo en aquella lucha un tipo superior por la bondad, ese fue el ciudadano de Coahuila. El juicio que acerca de su personalidad se emite, puede considerarse, en la hora actual, como un reactivo que nos revela la calidad moral de los mexicanos. Los que confunden la esencia del fenómeno religioso con el formalismo del dogma y la exterioridad ritual, consideran inconcebible estimar a Madero en el rango de un místico, toda efusión y simpatía. Y quienes afirman que la política implica el uso del crimen, tampoco pueden comprender su alma clara. Con

gr  
en  
pc  
ca  
y  
de  
  
vig  
un  
co  
de  
ser  
qu



gran injusticia señalan errores que a él atribuyen no más y que no era fácil evitar después de treinta y cinco años de dictadura, que por serlo dista mucho de estimular el civismo y afectan a un país carente de verdaderos hábitos democráticos y de disciplina política y educativa sobre la que reposan los gobiernos que se preocupan de la legalidad.

Era Madero el caso del místico lleno de confianza, cuya fe vigorosa se propaga con el calor comunicativo que es privativo de un espíritu lleno de temple y generosidad. Vive largos años en sana comunión con la naturaleza, consagrandole todas las energías propias de su carácter esforzado, a las rudas tareas del campo. Su fino sentido de la solidaridad, se manifiesta en la ayuda desinteresada que prodiga a los humildes. Raro caso el suyo, porque empieza a



ser revolucionario a costa de su patrimonio, ocupándose con magnanimidad admirable de la salud de sus trabajadores, en el concepto de que a los que se destacaban en la escuela los pensiónaba, interesándose constantemente por elevar los salarios.

Una corriente materialista sostiene que el misticismo no es en el fondo sino un síntoma de degeneración. Aspira a explicarlo todo por anomalías de naturaleza nerviosa o por limitaciones de la mente. Esta tendencia revela la imposibilidad de entender a los hombres que se entregan a las fuerzas espirituales más altas y que comienzan por renunciar a la vida egoísta, en el ejercicio de su vocación, que los lleva a servir a los demás y se inspira en un impulso que considera que la existencia humana merece dignificarse y no es satisfactorio permanecer sordo a los clamores del sufrimiento. Tal categoría de gentes encarna la negación del concepto mediocre de la normalidad burguesa. Acabando por fabricar un esquema falso, se llega a deformar a los hombres superiores con el criterio de que lo único que merecen es encerrarlos en una especie de manicomio. Este punto de vista resulta extraño al espíritu religioso, evidentemente contradictorio en los que se empeñan en rebajar a Madero, y al mismo tiempo se dicen cristianos, juzgándolo en tal forma como si la razón pura fuera solo el camino abierto al conocimiento, sin tener en cuenta las vías que derivan de la intuición y del instinto.

A todo esto conduce querer establecer una tabla de valores bastardeada por el sectarismo. Fundándose en las experiencias que nos transmiten los datos de los sentidos, a través de la inteligencia, se apoyan las interpretaciones que nos entregan un panorama del mundo incompleto, sin aceptar otros aportes valiosos, en un plano que los conocedores de esta índole de problemas afirman que se encuentra superado.

Madero tuvo siempre devoción profunda por México y fe firme en lo mejor del hombre. Pertenece al linaje de los caracteres que luchan constantemente por levantar a su patria, desafiando el ridículo, al que tanto temen aquellos que viven atentos a conveniencias mezquinas. Predica que es por el amor como se consuman las revoluciones verdaderas, gracias a una conducta que se traduce en actos excepcionales de perdón para sus peores enemigos. Educado en Estados Unidos y Europa, fue amigo de don Ignacio Manuel Altamirano, entonces nuestro Cónsul en París. El lo presentó, en 1891, mostrándole gran estima, a Juan Sánchez Azcona. Este juicio de una autoridad intelectual indudable, contrasta con la inquina de los que buscan hacer perder relieve a su personalidad.

Renuncia a las comodidades de la riqueza para combatir por los oprimidos, a sabiendas de que tendrá que afrontar la calumnia y el odio. Así lo dice en las interesantísimas cartas que dirige a su padre, a punto de intervenir en la campaña política. Sabe que la incompreensión persigue a los iluminados y a los apóstoles, hasta



después de la muerte. En efecto, o tendrán sus censores presente al hombre generoso que se rebela contra el rito macabro de Huichilobos y salva cuantas vidas puede. En pago ahí está el juicio acre, la actitud anticristiana presuntuosa de burla y desdén.

Es cierto que Madero carecía del temperamento de un gran estadista. Sus fallas radican sobre todo en haberse rodeado de enemigos de la Revolución durante su gobierno y en la entrega del mando militar a Victoriano Huerta, en los días sombríos del Cuartelazo. Esto se explica por su alma diáfana, que le impide prevenirse de la perversidad, que no concibe su naturaleza magnánima.

Con sorprendente fuerza moral tuvo la premonición de la muerte y a pesar de los peligros que sabe que lo esperan, a lo largo de una brega política tan comprometida, como la que implica enfrentarse al régimen porfiriano, no titubea en seguir los dictados limpios de su conciencia, que le señalan la empresa de despertar el espíritu de la ciudadanía. Se da cuenta de que el desenlace que personalmente habrá de sufrir consiste en la corona de espinas que corresponde siempre a los grandes iniciadores de cambios radicales en las instituciones de un país. Su fervor por el pueblo mexicano se expresa en aquella memorable cruzada, al recorrer la República, para convocar a México a la batalla cívica. En contraste con el criterio oficial porfiriano, se pronuncia abiertamente contra el darwinismo social. Sostiene, con la seguridad de los grandes animadores, que es inexacto que el pueblo mexicano se encuentre incapacitado para la democracia, frente a los que defienden el continuismo e insisten en los obstáculos que aquí se presentan para dar vida plena al gobierno constitucional.

Los censores de Madero, en el fondo, son todos aquellos que poseen la propensión totalitaria por los métodos de mano de hierro en el ejercicio del mando. Rinden homenaje al rufián y no les preocupa justificar el latrocinio y el asesinato. Lo esencial, antes que nada, radica en asegurar el orden externo. Llegan a identificar la perfidia sistemática con el genio del estadista. Su mentalidad explica de sobra por qué les resulta inconcebible un movimiento de civismo desinteresado y limpio, tal como el maderismo, en abierta discrepancia con un credo que funda la autoridad en el machete y el bozal. Ni siquiera reflexionan en el hecho de que sin la Revolución que el autor de "La sucesión presidencial en 1910" inicia, estarían ahora privados de publicar lo que les place. A tal grado llega la miseria moral de los que se empeñan en disminuir las calidades de Madero.

Fue un justo en la cabal acepción del término. No entra a la lucha movido por resentimientos de ninguna índole, ni sus ataques al porfirismo se explican por una situación de menosprecio oficial. Aquí radica la clave de su apostolado, que emana de su gran corazón y de su sentido religioso de la vida, más allá de dogmas y criterios confesionales.

